

## Historia

RIVISTA STORICA ITALIANA, Anno LXXV, Fascicolo I, marzo, 1963.  
Edizione Scientifiche Italiane, Napoli, MCMLXIII.

La *Rivista Storica Italiana*, que comenzamos a reseñar desde este número, es una antigua y excelente revista en su género. Dirigida por un comité de redacción en que figuran los nombres mejores de la ciencia histórica italiana de la actualidad, y algunos de renombre universal, publica en inmejorable edición cuatro números anuales.

Su interés versa principalmente sobre asuntos de historia italiana, que, sin embargo, suelen revestir un interés más profundo y universal que el meramente local, ya sea porque la historia de Italia y sus cosas está profundamente entroncada con la historia del resto del mundo, ya sea porque implican cuestiones metodológicas y filosóficas fundamentales.

Su índice temático se compone generalmente de una primera sección con dos o tres extensos artículos originales; una segunda con dos o tres reseñas que presentan el estado actual de problemas generales; una tercera de "Apuntes y Documentos"; una cuarta de reseñas críticas, firmadas a veces por grandes personalidades, de las publicaciones más significativas aparecidas últimamente; un "Boletín" de historia italiana que da cuenta de artículos y libros sobre el tema; un "Noticiero" que suele aparecer con los temarios de congresos, conferencias y simposios de futura realización y, por último, una lista con la señalización de los libros recibidos en la redacción de la revista, que suelen ser muchos y ocupar varias páginas. En suma, la *Rivista* representa para el estudioso un auxiliar muy útil en su trabajo.

El número que comentamos se abre con un artículo de Giuseppe Galasso, que desarrolla en él una serie de "Consideraciones alrededor de la Historia del Mediodía de Italia". El problema puede parecer estrictamente local, y no lo es. Especialmente en el aspecto considerado por el autor, que es el siguiente:

El sur de Italia se organizó como reino incluyendo dentro de sus fronteras una gran parte de la península, en un período en que en el resto del país el desarrollo de las comunas llevaba a sus extremas consecuencias el fraccionamiento del poder político. Nunca después, tampoco, alguno de los estados que allí se formaron llegó a igualar su extensión; y así permaneció durante más de dos siglos después de su formación.

Sin embargo, a pesar de estos antecedentes favorables, el reino permaneció concentrado apáticamente en sí mismo, cerrado al progreso social y civil, en el cual por la misma época participaban vigorosamente las regiones del norte, agitadas por los mismos fermentos de la vida europea contemporánea. Y nunca logró convertirse en el centro activo y creador de la nacionalidad italiana.

Mientras Venecia, asentada en los escollos y el agua fangosa de la laguna, resistía a Carlomagno, a Solimán o a la Liga de Cambray, y después, Milán, arrasada hasta los cimientos, resistirá y derrotará a Barbarroja, el Reino de Nápoles vegetará miseramente.

Cuando en Italia se apagaron las luces del Renacimiento, el Reino se hundió en la decrepitud y fue la presa de españoles y austríacos, que tampoco lo sacaron de su postración, y siguió amodorrado "entre el agua bendita y el agua salada", pero tan azul, del Golfo, sordo al clamor unánime que surgía de los labios italianos en pro de la unidad.

La historia del Reino de Nápoles es la de un contraste entre un estado de imponente extensión territorial, con instituciones estables y articuladas hasta la pretenciosidad, y una historia civil mezquina, un régimen político débil hasta la impotencia, en una sociedad fragmentaria y disgregada. Otro contraste, y no el menor: una vida intelectual activa que, en algunos casos, como el de G. B. Vico, logra alcanzar cumbres de nivel universal.

Ahí reside la inquietante problematicidad de la historia del sur de Italia, en esta absurdidad de su pasado y en la difícil respuesta al desafío del futuro. Problema universal, por consiguiente, y no exclusivamente meridional italiano.

Las primeras explicaciones que se dieron del hecho fueron geográficas y antropológicas (todavía hoy el Departamento de Inmigración de los Estados Unidos de Norteamérica mantiene en vigencia una denigrante explicación antropológica al respecto). Sobre estas explicaciones se sobrepuso, hace ya unos cuarenta años, la explicación historicista de Croce en su *Storia del Regno di Napoli*, que todavía domina el cuadro general de la historia del Mediodía italiano. Después surgieron otros puntos de vista; pero se trata casi siempre de visiones restringidas que no se articulan dentro de una visión general de la historia italiana y universal.

Croce en su historia restableció la dignidad de los valores humanos frente a las reconstrucciones economicistas y empíricas. Le quitó ese aire encomiástico y huecamente laudatorio propio de los historiadores que se habían declarado satisfechos con los valores formales de la monarquía de Anjou o de la aragonesa; restauró la importancia de aquella clase de intelectuales patriotas y reformadores que había creado una nueva cultura, una nueva conciencia nacional y dado fuerza a una voluntad de renovación.

Era una ganancia; pero al restringir a una sola clase el significado de la historia, dejaba fuera del cuadro una gran parte de los factores históricos que todavía siguen obrando. Además, resulta muy difícil de entender el valor de una clase que vence la batalla de los valores filosóficos, jurídicos y literarios, pero pierde la guerra y la vida en el plano del poder político, del gobierno, de la vida social y económica de su nación, y debe disolverse dentro de la nueva nacionalidad a cuyo nacimiento trató de oponerse.

Y, ¿qué eficacia podrían tener valores cultivados en el invernadero de las academias o del propio hogar, cuando la misma nación no los comprendía y los despreciaba por considerarlos inútiles? La misma Italia, cuando entre las ruinas de su pasado buscó los motivos de gloria y orgullo que ahí yacían sepultados y que podían servir para dinamizar el presente, no se exaltó ante la gloria de la monarquía napolitana, o del reino normando o la dinastía aragonesa, sino en las Comunas.

Para Galasso, el olvido de Croce no es tanto el de la realidad económica y social del país, sino, más bien, el de la compleja y contradictoria articulación nacional, del pueblo napolitano, su continua agitación por un lado, y la inmovilidad de los términos de relación entre los diferentes problemas del país, por otro.

La nación napolitana no fue nunca una comunidad caracterizada por una clara fisonomía ética y política, fundada en valores y objetivos comunes, y no sólo en un orden constitucional formal, sino una realidad compuesta y contradictoria, sin unidad dialéctica interna, cuya cohesión se mantenía gracias a elementos exteriores, donde las partes menos activas conservaban —y siguen conservando— los aspectos más mezquinos y provinciales de la "tradición". También la Sicilia comparte este carácter de la historia napolitana.

El punto fundamental, en ambos casos, lo constituye el hecho de que el elemento motor lo fueron en el norte de Italia las ciudades y las fuerzas económicas y sociales indígenas, mientras en el sur fueron fuerzas dinásticas y militares extranjeras las que impusieron su dominio sobre las estructuras sociales y agrarias de Nápoles y Sicilia.

Así fue cristalizándose una estructura social y un sistema económico, político y civil, que, andando los siglos, debía fusionarse con otro totalmente diferente, para tomar el primero el mismo rumbo del segundo, que sería el eje y el rector del nuevo camino. Así se formó una nacionalidad nueva en que las dos antiguas siguen divididas en la realidad y en el mapa por una frontera que corre aproximadamente por donde mismo pasaba la antigua.

Hoy se habla de áreas deprimidas, de pueblos subdesarrollados, o más bondadosamente, en vías de desarrollo. Estas expresiones —que son de un político italiano contemporáneo— son diferentes y más benignas en su alcance de lo que el término "meridional" —y otros equivalentes más duros— significan en Italia: un área subdesarrollada o deprimida dentro de una nación que, en algunos aspectos, sigue alcanzando los niveles más altos posible de la vida material y espiritual. El Mediodía italiano es una Turquía, una España..., o una Grecia dentro de su propia ecuación nacional.

Así queda planteado un estudio que evade del número de los temas puramente eruditos para convertirse en política trascendental, y emigra del ámbito exclusivamente italiano para transformarse en un tema de historia universal.

Una "Encuesta sobre las poblaciones griegas de Sicilia y Calabria en la Edad Media", viene en las páginas sucesivas.

Se trata de un problema todavía abierto en la historia política y lingüística italiana acerca del origen de las poblaciones y de los dialectos griegos que todavía subsisten en el sur de Italia. Se desearía saber si son poblaciones descendientes de los colonos griegos que poblaron esas tierras a partir del siglo VIII A. C., o si son los restos de poblaciones emigradas a Italia en busca de tierras más pacíficas durante la época bizantina (hubieron de la sartén... ). Ambas soluciones tienen sus partidarios, y, según parece, en poco tiempo más tendremos novedades importantes.

Siguen dos reseñas. Una sobre el problema siempre abierto de la edición de las fuentes documentales. El problema comenzó a hacerse urgente desde mediados del siglo pasado, cuando los estudiosos, especialmente alemanes, juzgaron incompatible con los métodos científicos de la nueva filología la manera indiscriminada de publicar textos antiguos que se había practicado hasta entonces. Los historiadores de la economía y del derecho, los filólogos y los estudiosos de muchas ramas del saber humano, se zambulleron en los viejos archivos. El método se difundió con la serie magistral de documentos comprendidos en los *Monumenta Germaniae Historica*, y fue adoptado rápidamente en Francia, en Italia y hasta en el oriente europeo. Se trata de un método "interpretativo", basado en una rigurosa comprobación crítica, externa e interna del documento y una exactísima transcripción diplomática. Era necesario adecuar el documento a la forma material moderna (escritura, ortografía, puntuación, resolución de las antiguas abreviaciones).

Surgían, así, problemas que han sido debatidos en Congresos y en publicaciones, uno de los cuales fue celebrado en la vecina República Argentina, en la ciudad de Córdoba, en el que se habló de tendencias difundidas entre los editores de fuentes documentales, como la "literal", la "modernizada" y la "literal modificada".

También en la Unión Soviética el problema de las ediciones documentales ha sido agitado varias veces después de la última guerra, especialmente porque la diversidad de escrituras pone a los estudiosos soviéticos frente a difíciles problemas. Los estudiosos soviéticos han intensificado la publicación de las fuentes documentales medioevales y modernas de su historia nacional. En 1955, apareció en Moscú un cuaderno de *Reglas para la edición de documentos* que puso al alcance de todos los estudiosos las normas pertinentes.

Únicos ausentes en este proceso de clarificación de normas paleográficas son los ingleses; pero también aquí se advierte en las recientes publicaciones, especialmente en la publicación de los documentos y textos relativos al rey Malcolm IV de Escocia, por G. W. S. Barrow, Edinburgh, 1960, el benéfico influjo de las tendencias modernas hacia la unificación de normas dentro del mayor respeto de los textos.

La reseña siguiente se refiere a historiografía del oriente islámico, y

a las conferencias que entre los años 56 y 58 se realizaron en la Universidad de Londres, dedicadas a la historiografía asiática.

El amplísimo campo se subdividió en cuatro áreas, correspondientes aproximadamente a cuatro civilizaciones diferentes: India, Pakistán y Ceylán; Asia sudoriental (la de los quemantes problemas actuales); China y Japón, y "Middle East", término que en todas las lenguas está suplantando al más antiguo de "Near East" (Cercano Oriente).

Las prensas universitarias de Oxford publicaron en 1962 un volumen relativo a *Historians of the Middle East*, que resume los frutos de aquellos encuentros y conferencias. Se trata de un volumen riquísimo y del más alto interés, pero únicamente para especialistas. Cumplimos con el deber de señalarlo. Y nada más.

En la sección "Apuntes y Documentos" anotamos un interesante estudio demográfico, cuyas implicancias históricas son evidentes. Se trata de un estudio acerca de una violenta epidemia producida en una aldea lombarda a comienzos del siglo xv, con su respectivo cortejo de migraciones. El interés del estudio radica en que permite echar una mirada sobre la constitución social y económica de la aldea, los oficios que se ejercían por los pobladores, la renta imponible, y muchos detalles interesantes. Por ejemplo, en una aldea de no más de quinientos habitantes, había un maestro de primeras letras, que desgraciadamente murió. Sobre esta estructura simple pero interesante, de unas quinientas cabezas, entre las que predominaban los agricultores, algunos artesanos, el cura y un maestro, se dejó caer la peste —cuyo nombre nadie se atrevía a pronunciar siquiera— destruyó la quinta parte de la población y dispersó a otro quince por ciento por lo menos.

Siguen las reseñas de libros aparecidos con alguna anterioridad.

GENARO GODOY.

RIVISTA STORICA ITALIANA, Anno LXXV, Fascicolo II, giugno, 1963, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoli, MCMLXIII.

El segundo número de 1963 de la *Rivista* (así la llamaremos en adelante), se abre con un artículo del profesor Ruggero Romano, docente de la *Ecole de Hautes Etudes*, de París, miembro de varios institutos internacionales dedicados al estudio de la historia económica.

El profesor Romano es bien conocido de los estudiosos chilenos, pues ya en dos ocasiones ha dictado interesantísimos cursos en nuestras Universidades, y ha aprovechado su permanencia para hacer investigaciones de archivo acerca de su especialidad, la historia de los precios. Además, su hospitalaria casa de Rue de Varennes está siempre abierta para los amigos chilenos. Digamos, también, que las investigaciones chilenas fueron reunidas bajo el título *Prix et développement économique: le cas de l'Amérique espagnole au XVII<sup>e</sup> siècle*, y fueron presentadas a la Segunda

Conferencia Internacional de Ciencias Económicas, Aix-en-Provence, septiembre, 1962 (ahora en "Annales" E. S. C., xviii, 1963, 1).

El artículo de la *Rivista* a que nos referimos, versa precisamente sobre la relación que existe entre la historia de los precios y la historia económica.

Después de una breve exposición acerca del desarrollo de esta importantísima rama de la historia económica, Romano aborda el problema en su estado actual, que acusa cierto cansancio.

Varios hechos han originado este cansancio y, principalmente, la creación de ciertos esquemas y pseudorrelaciones que han tenido, a veces, demasiada fortuna. Son esquemas y relaciones que son válidos en determinados casos, pero que llegan a ser erróneos cuando se emplean en forma mecánica.

El artículo no agota el tema y señala la antología del autor titulada *Storia dei prezzi: problemi, metodi, risultati*, que a estas horas ya debe de haber sido publicada por el editor Einaudi, de Turín, Italia.

Lo que diga Romano acerca de historia económica debe ser del mayor interés para un estudioso y, me atrevería a decir, para toda persona culta. Se trata de un espíritu joven y abierto a todas las inquietudes, que ha traído hasta nuestras tierras su afán de estudioso, y que posee, cosa no muy frecuente entre los economistas, el sentido de la historicidad del hecho económico.

Sigue en el número que comentamos un largo y denso estudio de Leo Valiani sobre la *Historia del Partido Socialista Italiano, desde 1900 hasta 1918*. Se trata del informe que el autor presentó en enero de 1963 al Congreso de Historia del movimiento socialista italiano, reunido en Florencia en esa fecha, para celebrar el 70º aniversario de la fundación del partido en Italia.

El autor recuerda, para comenzar la interrogación que atormentó durante el fascismo a la subterránea oposición socialista, que se angustiaba ante la derrota sufrida por el movimiento obrero socialista italiano, y, doblemente, por el hecho de que esta derrota servía como medio de propaganda al fascismo para justificar históricamente su victoria y legitimarla jurídicamente.

¿Por qué fracasó el movimiento socialista italiano? Pregunta elemental, a la que se encontraba, naturalmente, una respuesta elemental: porque puesto frente a la alternativa de varias soluciones, no supo atenerse a ninguna de ellas y dejó pasar la ocasión del encuentro decisivo, sin recurrir a los medios de la política parlamentaria ni a los de la guerra civil; no se atrevió a ir al gobierno en coalición con otros partidos democráticos ni a desencadenar la insurrección de las masas. Cualquiera de estas soluciones tenía sus riesgos, pero se dejó pasar la ocasión y ésta no perdona a quienes la descuidan.

Ahora, ya en tema de investigación histórica, esta respuesta simple se matiza, y aparecen en ella los innumerables problemas particulares que convierten la pregunta del porqué en la pregunta del cómo pudo suceder.

Resumir el artículo, que es un estudio detallado, lleno de referencias a hombres, hechos y doctrinas, es tarea punto menos que imposible, sin correr el riesgo seguro de desnaturalizarlo todo. Hay algo, especialmente, que dificulta su lectura, y es la ignorancia de tantos menudos detalles e incidentes de la vida política italiana en el período estudiado; pero creemos que, en épocas como las que atravesamos, de ardiente lucha política, no dejaría de ser interesante la meditación sobre hechos que, según dijimos poco antes, se salen del angosto marco de la vida política de un país determinado, para convertirse en hechos de historia universal. Valga como ejemplo la "querrela" entre reformistas y revolucionarios y su sucesiva dicotomización en "reformistas económicos, disidentes, políticos", que polarizó todo el afán de lucha del partido que así se olvidó de pelear por los hechos para pelear encarnizadamente por las "tendencias". Son casi sesenta páginas interesantes y aleccionadoras.

Furio Diaz —el apellido, como otros españoles, es muy común en la península— hace seguidamente una reseña crítica de publicaciones recientes acerca del período de la llamada "Ilustración" (Iluminismo) y sus personalidades más destacadas: Voltaire, Diderot, Locke, Hume, Berkeley y otros menores.

Diaz se propone encontrar las razones de este interés, que comenzó hace unos diez años y sigue en aumento. Para Diaz no hay uniformidad ni en los motivos que lo han suscitado ni en los objetivos que se propone realizar. Las mismas ideas del siglo XVIII distan mucho de ser uniformes y, así, los contrastes entre los protagonistas de antaño se reproducen en los enfoques actuales, dirigidos a veces hacia preferencias culturales o ideológicas, y otras hacia valores científicos.

El fenómeno no es nuevo y puede reconocerse en casi toda la crítica que el siglo XIX hizo al anterior; pero hay un aspecto nuevo que vale la pena considerar. La nueva crítica ha dejado de lado la polémica romántica, idealista e "historicista", superando también los dengues literarios de Sainte-Beuve.

En Italia el nuevo interés por las *lumières* reviste un significado especial, porque significa un bienhadado olvido de la hostilidad de Croce por el siglo XVIII y la reinserción de la cultura italiana en una veta historiográfica fecunda.

El patriarca de Ferney y sus ideas de libertad y tolerancia son los mayores beneficiarios de esta reviviscencia de los estudios dieciochescos. Sin embargo, hay que ser muy cauteloso al otorgar un sentido determinado a estos despertares de interés intelectual. La "contemporaneidad" tiene valor sólo cuando se reviven en términos "actuales" los problemas de pasadas épocas y de sus hombres. Es precisamente lo que sucede con Voltaire, admirado en su tiempo como autor de tragedias que hoy ya nadie lee, pero descuidado como autor de una especial '*philosophie*' y defensor de un evangelio de tolerancia espiritual.

Un *philosophe* que da mucho mayor quehacer para comprenderlo a la luz de su "actualidad" es Diderot, hombre de tantas lecturas, de tan am-

plios intereses y de raíces tan alejadas de su tronco. En su pensamiento hay una enorme fluidez, que no deriva de inestabilidad de juicio, sino de una voluntad vibrante por adherir al desarrollo de los hechos y de las circunstancias.

Probablemente, las líneas del retorno a la Ilustración, entendiendo este retorno en el sentido de volver a meditar algunos de los temas gratos a los hombres del siglo XVIII, política, filosofía moral y científica, publicística y lucha civil, y que ha sido suscitada indudablemente en la cultura universal por la segunda guerra mundial, debe buscarse en ese esfuerzo que hicieron los iluministas para traducir en términos más racionales y críticos ese sentido de la fuerza y del poder como puntos esenciales de la vida política que había sido propio del siglo XVII. No se trata de revalorizar la filosofía de la ilustración como contraposición al historicismo en crisis, o de buscar en ella motivos edificantes, sino de inquirir su significado histórico propio, sin disfraces ni contraposiciones polémicas. La lección del siglo XVIII, que todavía puede valer hoy en día, es la de una aspiración a la racionalización, al progreso y a la elevación de la vida asociada, para conocer mejor la realidad, y poner toda acción y búsqueda de saber al servicio del progreso práctico de los hombres. Buscar una nueva *douceur de vivre* para un denominador común más amplio. Este puede ser el nuevo y redescubierto sentido de la tolerancia volteriana, del dinamismo libertario y racionalista de Diderot, de la implacable lógica antimetafísica de Holbach, de la repugnancia de Buffon por las clasificaciones arbitrarias. Hoy, las seguridades y las apocalipsis históricas reveladas providencialmente o construidas científicamente, según un único modelo posible, están en crisis, y es necesario interpretar la realidad para asegurar a los hombres la mejor manera de resolver sus problemas reales. Esta es la lección del siglo XVIII.

G. G.

RIVISTA STORICA ITALIANA, Anno LXXV, Fascicolo III, settembre, 1963, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoli, MCMLXIII.

Corría el invierno que desde 1594 debía llevar a Europa al 1595, y en Francia se iba llegando a la conclusión de las luchas de religión y dinásticas. Enrique IV de Borbón, que era ya el vencedor de la liga católica y continuaba la reconquista de su reino, no parecía tener inconveniente alguno en llegar a la guerra con la España de Felipe II, mientras esperaba, por otra parte, llegar a un acuerdo con la Santa Sede para una bendición.

La República de Venecia, en este conflicto entre una España católica y una Francia calvinista conversa, se veía obligada a desempeñar un bien delicado papel. Para Venecia, era de suma importancia que hubiera en Europa alguien que hiciera de contrapeso a la grandeza de la Casa de Austria, cuyas ideas y dominios excesivamente amplios, le daban demasiadas preocupaciones.

Ya antes de la trágica muerte de Enrique III, el último de los Valois, la República lo había socorrido con un préstamo de cien mil escudos. Pero Enrique había muerto en 1589 y le había sucedido el heredero que él mismo había designado, el Rey de Navarra. Venecia había dado un reconocimiento de hecho a la nueva situación, manteniendo a sus embajadores en Francia y considerando como embajador del rey de Francia al mismo que había representado anteriormente a Enrique III, sin importarle mucho las protestas de Sixto V, y las mucho más vehementes de la Curia Romana —para no decir nada de los españoles— todos indignados de que un estado que pasaba por católico y muy reposado en sus decisiones, hubiese dado semejante aval a un “usurpador” calvinista.

En ese invierno de 1594-1595 Venecia daba un paso todavía más trascendental: decidía el envío de dos senadores en misión extraordinaria ante Enrique IV, para poner paz entre los príncipes cristianos. En Roma, después de la muerte de Sixto V, en 1590, parecía no haber nadie que tuviera alcances más largos en sus ideas acerca de la situación francesa. La embajada veneciana no había partido, sin embargo, dentro de una atmósfera de concordia interior. Eran muchos los que se habían manifestado contrarios a intervenir en los asuntos franceses, sospechando que en ellos mucho tenían que ver los jesuitas, cuya larga mano también se ingería en los asuntos internos de la Serenísima.

Sin embargo, había sido precisamente un jesuita, el padre Aquiles Gagliardi, de Padua, probablemente de acuerdo con el gobernador militar español de Milán, quien había influido en el envío de la embajada.

Esta embajada, y las excepcionales cualidades del jesuita Gagliardi, que contraviniendo a las explícitas disposiciones de las normas, se ocupaba de política, son el tema de un largo artículo de Gaetano Cozzi y que ocupa unas sesenta páginas del número que reseñamos.

La embajada y sus repercusiones levantaron en Italia, Francia, España y Santa Sede, un avispero. Todo esto se conjugó con las inquietudes de la que se puede llamar la segunda generación de los jesuitas que, llegados a la orden con afares misioneros y de renovación de todos los hábitos de la vida, se habían encontrado presos en una institución terriblemente jerarquizada, en la que no quedaba campo para iniciativas individuales, por santas que fueran.

Entre las acostumbres “Reseñas” encontramos una de Leo Valiani acerca de los intentos que se hicieron en 1917 para llegar a abrir discusiones de paz entre los beligerantes europeos. El intento a que se refiere nuestro articulista es aquel del que tal vez menos se habla, pero que probablemente tenía mayores probabilidades de éxito, el del industrial y comerciante vienés Julius Meinl, hombre de negocios muy acaudalado y poseedor, al mismo tiempo, de notables dotes personales y de una gran cultura.

Meinl se encontró en Ginebra con George Davis Herron, publicista estadounidense, autorizado por el presidente Wilson y el Departamento de Estado para este fin. Heinrich Benedikt, insigne estudioso austríaco

de estos temas, publicó en 1962 bajo el título *Die Friedensaktion der Meinlgruppe*, con los tipos del editor Hermann Böhlaus, en un volumen de unas 300 páginas, los papeles y correspondencia más importantes relativos a este encuentro.

Completa el número, un estudio de Giuseppe Galasso, que hace honor a su apellido meridional, ocupándose del comercio de la seda y del hierro, en la economía napolitana de fines del siglo xvi.

El estudio tiene la particularidad de haber sido conducido con documentos de menor importancia histórica que otros que se perdieron en el incendio del Archivo del Estado de Nápoles, por obra de los soldados alemanes que se retiraban de la ciudad en 1943. Estos otros, los que han servido de base para el estudio citado, se salvaron por haber quedado depositados en localidad muy expuesta al peligro de los bombardeos. Los azares de las guerras y las bombas resultaron ser, al fin de cuentas, menos peligrosos que algunos pocos inteligentes oficiales alemanes.

El estudio de los documentos salvados demostró también que los más escrupulosos investigadores suelen ser a veces algo ligeros en sus apreciaciones, pues éstos eran muchísimo más importantes que lo que se había creído en un primer tiempo.

La parte, según nuestra opinión, más importante del número, la constituye una polémica entre historiadores soviéticos e italianos, pero de ella damos cuenta en una reseña aparte.

G. G.

RIVISTA STORICA ITALIANA, Anno LXXV, Fascicolo iv, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoli, 1963.

Nació Giammaria Ortes el 2 de mayo de 1713, en Venecia, en la última puerta a mano izquierda del patio llamado de Cá Baffo. Su padre explotaba una pequeña industria casera de cuentas de vidrio. Su madre, oculta en la sombra, vivirá con Giammaria hasta su muerte. Familia religiosísima. Todos los hermanos, tres hombres y dos mujeres, tomarán los hábitos.

(¿Y qué interés puede tener la vida de este sacerdote veneciano? Ya veremos).

A los catorce años, el 23 de noviembre de 1727, entraba en el convento de San Matías de Murano (la isla de los vidrieros), donde pocos días después tomaba los hábitos de los camaldulenses. ¿Religión? No, simple indiferencia. El mismo lo dice, por lo demás.

En septiembre de 1734 (21 años de edad), la gran experiencia: Pisa. En aquellos años Pisa era un verdadero campo de batalla. Una gran tradición, el empirismo naturalista; una gran herencia, el pensamiento de Galileo; bases y fuente de inspiración de un nuevo pensamiento científico y filosófico.

Eran todavía los años de lucha de los adeptos a las doctrinas de Galileo. Faltan 23 años —muchos para su impaciencia— para que en 1757 el Santo Oficio anule la condena de Urbano VIII.

La animación de los protagonistas era grande, y uno de ellos, el abate camaldulense Guido Grandi, profesor de Filosofía y Matemáticas, será su maestro y su ídolo durante cuatro decisivos años.

A fines de 1738 (25 años de edad), Ortes regresaba a Venecia al monasterio de San Juan de la Giudecca, como lector de filosofía. Seguía estudiando matemáticas, filosofía, letras, historia, crítica, leyes. Este último estudio le hizo dudar de la validez de su profesión religiosa (más que las leyes habrá sido el aire inmóvil y cerrado del convento veneciano, después de la oxigenada atmósfera de Pisa).

Pero hizo las cosas sin apresuramientos. Sólo cinco años después de su regreso se secularizó.

Ya no era el caso de volver a Pisa, pero volvió igualmente. Sublimó su nostalgia en una bella vida del Padre Guido Grandi, acto inaugural de su nueva profesión de escritor y de erudito.

No rompió, sin embargo, con los camaldulenses. Por el contrario. Se fue por más de un año a un monasterio que sus antiguos hermanos de profesión tenían en San Damián de Boloña, y siguió experimentando en física, en química, y estudiando astronomía.

Hizo también vida pública. Ahora podía. Cafés, teatros, fiestas. "Con agrado, pero sin transporte".

Se puede razonablemente dudar de que la vida boloñesa fuera totalmente angelical, por lo menos en lo que a las palabras se refiere, según resulta de algunas cartas de sus amigos; y porque Boloña en esos tiempos debe de haber sido igual, si no peor que ahora.

Fueron años de aprendizaje, leyendo de todo y escribiendo igual, dramas, traducciones, malos sonetos, cartas serias, otras críticas, algunas impertinentes. Viajó.

Va a Viena en 1746 (tiene ya 33 años). Después viaja por Italia, por la Toscana, tal vez por Francia en 1755, seguramente ese mismo año vuelve a Viena y al año siguiente alcanza hasta Berlín, allegado a un gran personaje. (Edad de oro aquella, cuando los ricos eran menos cerriles y los intelectuales menos altaneros).

Así siguió por varios años. Su maestro Grandi había sembrado en él el culto de la razón, pero la semilla había caído en las piedras de un frío pesimista, más inclinado a demoler que a construir, sediento de investigación, confiado en la razón, pero desconfiado de los hombres, de su naturaleza y de su porvenir. Despiadadamente sincero, sin embargo.

En 1757 Ortes publicaba su *Cálculo de los placeres y dolores de la vida humana*, y un volumen sobre el valor de las opiniones, una crítica feroz de los convencionalismos y las ilusiones humanas.

Maupertuis, Condillac, Voltaire en Francia; Verri, Beccaria y Ortes entre los italianos, trataron el tema de la felicidad humana, uno de los

más sentidos por la filosofía de la Ilustración, pero la orientación que le imprimieron los italianos fue más fecunda, pues pasaron de allí a la economía política, al descubrir la dimensión económica del problema de los destinos humanos. Verri y Beccaria pasarán a un intento de transformación con fines sociales y civiles de las estructuras, diríamos hoy; Ortes se dedicará al estudio analítico y a la comprensión profunda del organismo social.

Las experiencias anteriores, su estructura psicológica, su formación explican suficientemente esta fría actitud especulativa y su obstinación escéptica ante las posibilidades de cambio. Este es el secreto de su tensión analítica y de sus geniales intuiciones de los hechos económicos. El secreto también de sus limitaciones y sus fracasos teóricos.

Su padre murió en el 1758; se dispersó la familia, más de lo que ya estaba. Todo esto contribuyó a aislarlo aun más y a intensificar su vocación científica y a empujarlo hacia la producción. Ortes pertenece al escaso número de los hombres que entregan sus mejores obras entre los sesenta y los setenta años.

Estudió y meditó durante casi diez años, entre 1762 y 1771 para dar a luz su primer libro de argumento económico: *Errores populares acerca de la economía nacional*.

La situación económica de la Serenísima era francamente mala. La impresionante extensión de los bienes eclesiásticos, mal administrados y peor distribuidos, las tasas impagas por las incontables inmunidades, el bajo nivel —incluso moral— del clero más humilde comparado con la vida refinada de los altos prelados, todo esto había inducido al gobierno dogal a iniciar una vigorosa política contra la Curia.

Las nuevas leyes partían de la concepción económica de que los bienes inmuebles constituyen los factores más importantes de la riqueza nacional. (No será la última vez en la historia en que se predique semejante dislate).

Ortes, aunque no había alcanzado todavía la madurez de sus ideas, aprovechó la ocasión para salir en defensa de un mundo y de intereses muy cercanos a su corazón. La obra se imprimió en Bolonia, en una minúscula edición de doscientos ejemplares, sin carátula y a expensas del autor.

Pesados ataques y sangrienta ironía fue el resultado de la obrita, aún dentro de la escasa amplitud de su circulación. La segunda parte sólo pudo circular manuscrita, porque nadie quiso autorizar su impresión.

Ortes se concentró, entonces, en una nueva obra, la síntesis definitiva de su pensamiento económico, la célebre *Economía Nacional*. Nuevas dificultades para la publicación; pero, a expensas del autor y gracias a la intervención de sus amigos, veía la luz pública en Bolonia en 1774.

El rumor esta vez fue mucho más grande. La obra ya no era un ensayo, sino la expresión de un sistema, conducida con claridad de

análisis y rigor científico. El autor se proclama precisamente eso: un "científico", frente al cual los demás eran malos aficionados.

Se trataba, en verdad, de una intuición básica según la cual el mundo económico era un mecanismo provisto de leyes propias, que había que estudiar, y cuyo conocimiento era previo a cualquiera acción. El veneciano obtenía nuevas definiciones de los conceptos de valor, rapidez de circulación, significado del dinero, capital e interés, una anticipación del concepto de trabajo de Smith, y una lúcida anticipación de algunas observaciones del marxismo sobre la miseria creciente.

La obra de Ortes, por estas razones, sigue teniendo un valor documental, porque es la Venecia del siglo XVIII ese estado oligárquico que él nos describe, con su estructura cristalizada, elogiosa en la contemplanza de sí misma. La causa de un famoso elogio que el veneciano se ganó, y del que luego hablaremos, debe de haber sido esta requisitoria amenazadora que el lúcido diseñador del viejo y carcomido mundo aristocrático había trazado, creyéndolo destinado a ser eterno e inmutable.

Ortes moría en 1790, pero poco después de su muerte aparecían póstumas sus magníficas *Reflexiones sobre la población de las naciones*. Son lo mejor del Ortes economista y lo único que sigue desafiando al tiempo.

Si la fortuna de un autor debe estimarse de acuerdo con la calidad de los estudios que se le dedican, hay que decir que Ortes no fue afortunado. Pesaban en su contra los aspectos formales de su obra, de su manera de exponer fría y analítica, sistemática y abstracta. Lo hallaron obscuro, le dijeron que por seguir todos los detalles había perdido el hilo conductor. Pero de sus ideas poco o nada, se ocuparon.

Sin embargo, la Revolución y el Imperio no eclipsaron como se habría podido creer el nombre de quien tenía fama de reaccionario. Otros nombres más famosos que el suyo tuvieron menor fortuna. En 1804, el barón Pietro Custodi le dedicaba siete volúmenes de su *Colección de economistas italianos*, y otro de suplementos en 1816. Casi parece un juego de la suerte, porque en su época Ortes era todavía el más oscuro y menos conocido de todos. De aquí saldría la nueva fortuna de Ortes.

Comenzaron a arreciar las polémicas entre italianos y extranjeros, de las cuales no daremos información.

Fueron, sin embargo, los extranjeros quienes iniciaron una nueva fase de la fortuna de Giammaria Ortes colocando algunas de sus teorías dentro de la problemática de las discusiones, dándole "actualidad". Pero esto no lo consiguió un estudio crítico y reflexivo —que todavía se puede decir que no existe— sino la honrosa mención que le dedicó la escuela de Marx.

Aquella larga nota —casi una página— que Marx dedicó al veneciano en 1827 en el primer libro del *Capital*, marcó una etapa. Fue el pri-

mer reconocimiento científico que se dio a los planteamientos y a los motivos inspiradores de Ortes.

Marx lo había encontrado en la colección de Custodi. No lo conocía y se acercó a él lleno de científica curiosidad. Cuando Marx encontraba durante sus investigaciones algún argumento de interés, éste suscitaba en él un interés apasionado que lo distraía de su objetivo principal. Así debe de haberle sucedido con Ortes, pues el encuentro dejó un rastro polémico y preciso. Marx advirtió que ese ánimo científico, árido y esquivo de lisonjas era la nota más fecunda del abate veneciano y la aisló con finísima agudez crítica; y citaba en su nota las palabras que Ortes había puesto en el comienzo de la *Economía Nacional*: "Y creeré merecer aun más algún elogio, si en lugar de proyectar sistemas inútiles para la felicidad de los pueblos, me habré limitado a indicar la razón de su infelicidad".

Lo que antecede es el núcleo del extenso artículo que el veneciano Gianfranco Torcellan dedica en el número que reseñamos de la *Rivista Storica Italiana* a su compatriota.

Completan el número algunas reseñas y otro aspecto de la polémica entre historiadores soviéticos e italianos.

G. G.